

COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL LITÚRGICA
COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL DE LA SALUD INTEGRAL

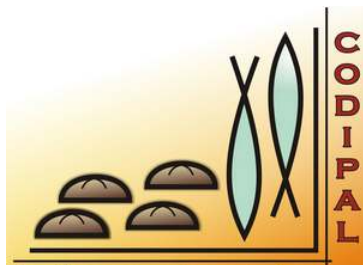
Diócesis de San Juan de los Lagos

Subsidio litúrgico
para celebrar en familia la

XXIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO
(en tiempos de Covid-19)



- Durante la emergencia sanitaria -



11 de febrero 2021

RITOS INICIALES

Reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración (hay que prever un pequeño altar: con la Biblia abierta, un crucifijo, la imagen de la Virgen, y un par de velas encendidas) y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

Puede entonarse un canto apropiado:

Terminado el canto, el que guía dice:

En el Nombre del Padre del Hijo,
y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:
Amén.

Saludo

Luego el guía dice:

Bendigamos a Dios Padre,
que nos reúne en nombre de Cristo
para que unidos con toda la Iglesia
estemos en comunión los unos con los otros
por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos responden:
Bendito seas por siempre Señor.

Enseguida, hace la siguiente monición:

Como cada año, el 11 de febrero, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, se celebra en toda la Iglesia la “Jornada Mundial del Enfermo”. De manera especial, este año, la realidad de la enfermedad, del dolor y del sufrimiento se hacen más palpable, por eso hoy, desde nuestra casa, oramos por los enfermos de nuestra familia, por los que amamos y queremos, por los que están sufriendo postrados en cama, los que han perdido la fe y la esperanza, y por todos aquellos que se han dedicado al cuidado y la atención de todos los enfermos.

Súplica de perdón

A continuación, el guía, invita a todos a pedir perdón, conscientes que quien necesite celebrar el sacramento de la Penitencia lo ha de buscar al paso de la contingencia sanitaria.

El guía invita al arrepentimiento:

Para disponernos a participar de esta celebración, nos confiamos a la misericordia de Dios, y en este año dedicado a San José, pidamos por su intercesión, poder beneficiarnos con el don de la indulgencia plenaria, supliquemos a Dios su perdón, y procuremos esforzarnos de día en día en una vida santa.

Se hace una breve pausa de silencio.

Después el guía dice:

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante ustedes, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Golpeándose el pecho, dicen:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Luego prosiguen:

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos,
y a ustedes hermanos que intercedan por mi ante Dios, nuestro Señor.

El guía concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Antes de la proclamación del Evangelio se canta: Aleluya, Aleluya, Aleluya.

Entonces el que guía dice:

Escuchen, hermanos el santo Evangelio según san Lucas:

4, 38-41

Salió Jesús de la sinagoga y entró en casa de Simón. La suegra de Simón estaba enferma, tenía mucha fiebre, y le rogaban que la sanara. Entonces Jesús, inclinándose sobre ella, mando a la fiebre que saliera y se le quitó. La mujer se levantó inmediatamente y se puso a servirlos.

Al ponerse el sol, la gente le llevó a Jesús todo tipo de enfermos: y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos y los sanaba. Además, de muchos enfermos salían demonios que gritaban: «¡Tú eres el Hijo de Dios!» Pero él los reprendía y no los dejaba hablar porque sabían que él era el Mesías.

Palabra del Señor.

Todos aclaman.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Luego el que guía los invita a sentarse y guardar un momento de silencio.

Puede leer la siguiente reflexión:

Reflexión¹

La experiencia de la enfermedad hace que sintamos nuestra propia vulnerabilidad y, al mismo tiempo, la necesidad innata del otro. Nuestra condición de criaturas se vuelve aún más nítida y experimentamos de modo evidente nuestra dependencia de Dios. Efectivamente, cuando estamos enfermos, la incertidumbre, el temor y a veces la consternación, se apoderan de la mente y del corazón; nos encontramos en una situación de impotencia, porque nuestra salud no depende de nuestras capacidades o de que nos “angustiemos” (cf. Mt 6,27).

La enfermedad impone una pregunta por el sentido, que en la fe se dirige a Dios; una pregunta que busca un nuevo significado y una nueva dirección para la existencia, y que a veces puede ser que no encuentre una respuesta inmediata. Nuestros mismos amigos y familiares no siempre pueden ayudarnos en esta búsqueda trabajosa.

¹ Extracto del MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO.

... 3. La enfermedad siempre tiene un rostro, incluso más de uno: tiene el rostro de cada enfermo y enferma, también de quienes se sienten ignorados, excluidos, víctimas de injusticias sociales que niegan sus derechos fundamentales (cf. Carta enc. Fratelli tutti, 22). La pandemia actual ha sacado a la luz numerosas insuficiencias de los sistemas sanitarios y carencias en la atención de las personas enfermas. Los ancianos, los más débiles y vulnerables no siempre tienen garantizado el acceso a los tratamientos, y no siempre es de manera equitativa. Esto depende de las decisiones políticas, del modo de administrar los recursos y del compromiso de quienes ocupan cargos de responsabilidad. Invertir recursos en el cuidado y la atención a las personas enfermas es una prioridad vinculada a un principio: la salud es un bien común primario. Al mismo tiempo, la pandemia ha puesto también de relieve la entrega y la generosidad de agentes sanitarios, voluntarios, trabajadores y trabajadoras, sacerdotes, religiosos y religiosas que, con profesionalidad, abnegación, sentido de responsabilidad y amor al prójimo han ayudado, cuidado, consolado y servido a tantos enfermos y a sus familiares. Una multitud silenciosa de hombres y mujeres que han decidido mirar esos rostros, haciéndose cargo de las heridas de los pacientes, que sentían prójimos por el hecho de pertenecer a la misma familia humana.

La cercanía, de hecho, es un bálsamo muy valioso, que brinda apoyo y consuelo a quien sufre en la enfermedad. Como cristianos, vivimos la proximidad como expresión del amor de Jesucristo, el buen Samaritano, que con compasión se ha hecho cercano a todo ser humano, herido por el pecado. Unidos a Él por la acción del Espíritu Santo, estamos llamados a ser misericordiosos como el Padre y a amar, en particular, a los hermanos enfermos, débiles y que sufren (cf. Jn 13,34-35). Y vivimos esta cercanía, no sólo de manera personal, sino también de forma comunitaria: en efecto, el amor fraterno en Cristo genera una comunidad capaz de sanar, que no abandona a nadie, que incluye y acoge sobre todo a los más frágiles...

Preces

Luego el guía continúa, con las preces.

Oremos al Señor, que conoce lo que está escondido a nuestros ojos y sabe cuáles son nuestras verdaderas necesidades: R/ Te rogamos, óyenos.

- Jesús, médico de los cuerpos y de las almas, cura las heridas profundas de nuestra humanidad, para que podamos gozar plenamente de los dones de tu redención.

- Haz que nuestros hermanos enfermos se sientan partícipes de tu pasión, y de ella obtengan la gracia y el consuelo.
- Te ofrecemos, Señor Jesús, las acciones de este día y de este tiempo, prometemos servirte siempre con un corazón puro y leal.
- Dirige tu mirada de bondad sobre los enfermos y los que sufren, que has asociado a tu cruz, para que sientan en consuelo de tu presencia.

Después el guía, inicia la oración del Padre nuestro con estas palabras.

Guía: Ahora, todos unidos, imploramos a Dios con la oración que nuestro Señor Jesucristo nos enseñó:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro...

Concluida la oración, el guía dice:

Guía: Sabiendo del don que la Iglesia nos ha concedido en este año de San José, supliquemos su intercesión y pidamos que nos veamos fortalecidos con su misericordia.

Después de un momento de silencio, se concluye con la siguiente oración.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.

A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.

Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.

Guía: *San José, padre adoptivo de Señor Jesús y verdadero esposo de María siempre Virgen.*

Todos aclaman:

Ruega por nosotros.

RITO DE CONCLUSIÓN

Luego el guía invoca la bendición de Dios, y al mismo tiempo que él se santigua, los demás también lo hacen, diciendo:

El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

Todos aclaman.

Amén.

Puede concluirse con el siguiente canto:

Mientras recorres la vida,
tú nunca solo estás;
contigo por el camino,
Santa María va.

Ven con nosotros al caminar, Santa María, ven. /2